

Calidad de vida urbana para la transición ecológica¹

CARLOS VERDAGUER

Mejor con menos es seguramente la consigna que más sintética y certeramente expresa toda una filosofía y un proyecto estratégico y tal vez la más difícil de acometer entre todas las que han guiado a la especie humana a lo largo de su historia. Esta dificultad no es coyuntural, es decir, no es simplemente el producto exógeno de una adicción al consumo creada por el desarrollo del capitalismo postfordista, por mucho que la pulsión adictiva deliberadamente creada por este modelo la haya acrecentado hasta un límite en que parece insuperable.

Lo cierto es que, de cara a hacer operativa una estrategia para afrontar la actual crisis global, conviene revertir el argumento y partir de la premisa de que el actual modelo basado en el consumo exacerbado hunde sus raíces en lo más profundo de nuestro sistema como entes biológicos.

Según esta visión, el afán de acumulación más allá de las necesidades inmediatas constituiría un mecanismo básico de supervivencia a través del cual los organismos, desde los más simples a los más complejos, producen reservas de cara a la eventualidad de la escasez futura. La respuesta ante la superación de determinados umbrales de acumulación en forma de saturación o colapso corresponde a su vez al mecanismo básico de control biológico que es la *homeostasis*, cuando este no encuentra la forma de compensar dicho desequilibrio.

El reto del hedonismo frugal

Las culturas humanas han incorporado de las más diversas maneras esta dialéctica homeostática de origen biológico entre la pulsión de acumulación más allá de

¹ Este texto constituye una síntesis de varios apartados de la tesis doctoral inédita *La ciudad de las tres ecologías, elementos para la consolidación del paradigma ecológico en la planificación urbana y territorial*, defendida por el autor el día 4 de febrero de 2020, ETS de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid (<https://doi.org/10.20868/UPM.thesis.57987>).

lo necesario y la prevención ante el estancamiento por saturación y ante el agotamiento de los recursos, generando todo tipo de prácticas y todo tipo de imaginarios. Sin embargo, ninguna de estas aproximaciones culturales puede considerarse “pura” en cuanto a su adscripción a uno u otro polo de la dicotomía: las prácticas de *pottlacht* o dispendio explosivo de riqueza, difundidas por Marcel Mauss² y George Bataille,³ entre otros, pueden considerarse a la vez una celebración colectiva, una demostración de poder o incluso una muestra de desafío blasfemo y suicida ante la cruel tacañería de las deidades, mientras que el elogio de la austeridad y la frugalidad ha ido acompañado en la mayoría de los grandes relatos religiosos de un desprecio a la carnalidad y la fisicidad en aras de un hipotético más allá espacializado en el que, en la mayoría de las versiones, paradójicamente, sí reinaría una abundancia inagotable.

Todas estas paradojas a su vez han estado presentes en la historia de la conciencia humana, quien ha procurado darles respuesta sobre todo a partir del momento en que la filosofía como disciplina separada surge estrechamente asociada a la aparición de la ciudad como construcción social, la *polis*. Entre las aportaciones más sofisticadas en este sentido dentro del pensamiento occidental están sin duda las de los epicúreos, los escépticos y los estoicos, cuyas aproximaciones a la idea de pobreza voluntaria y a la idea de felicidad asociada a la frugalidad constituyen en conjunto una de las aproximaciones más articuladas a la estrategia del *mejor con menos*.

Sin embargo, el contexto de crisis global dificulta enormemente el éxito de aquellos vectores de cambio que vinculen desde una visión laica y materialista conceptos como contención, austeridad, frugalidad, ascesis, con objetivos como calidad de vida, placer y belleza. Y, sin embargo, tal como propone Serge Latouche con su formulación aparentemente contradictoria de una sociedad de la *abundancia frugal*, resulta imprescindible instituir las bases de un nuevo imaginario hedonista construido precisamente en estos términos, una tarea para la cual es imprescindible la perspectiva del *paradigma ecológico*, como contrapartida del *paradigma dominante del progreso*, en su versión técnico-mecanicista.

Esta vinculación del concepto de *hedonismo*, asociado a la *abundancia*, al placer y al deseo más allá de las necesidades primarias, con su aparente contrario, la fru-

² Marcel Mauss, *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Katz, Buenos Aires, 2009 [1925], disponible en: <http://mastor.cl/blog/wp-content/uploads/2017/05/MAUSS-Marcel-Ensayo-sobre-el-don-1924.pdf>

³ Georges Bataille, *La parte maldita*, Icaria, Barcelona, 1987 [1967].

galidad, expresa a la perfección la hoja de ruta de lo que podría denominarse una *topía posible (una utopía hecha lugar)* que solo puede ser construida colectivamente y mediante el recurso a una *teoría de las necesidades y los deseos* que permita abordar estas categorías desde todas las dimensiones del paradigma ecológico.

Al margen de la constatación respecto al enorme grado de dificultad que entraña este reto, lo cierto es que las promesas de infelicidad asociadas a un futuro que se augura terrible, tal como aparece de forma implícita en algunos discursos catastrofistas y abiertamente antihumanistas, constituyen una vía garantizada para el fracaso de cualquier esfuerzo hacia la transición ecológica. De hecho, constituyen una ratificación especular del discurso del sistema, que augura desde la trinchera opuesta un futuro igualmente terrible si no se mantiene el crecimiento en todas las variables que lo sostienen. Tanto uno como el otro, versiones simétricas del *discurso del pánico* del que habla Paul Virilio,⁴ contribuyen al repliegue emocional del que se alimenta el miedo a la libertad.

La única meta que cabe en lo que se refiere a la producción física del espacio es la de crear lugares mejores para la vida

En contra de estas visiones apocalípticas, la única meta que cabe en lo que se refiere a la producción física del espacio es la de crear *lugares mejores para la vida*, no simplemente refugios para una triste supervivencia. Y en concordancia, el único objetivo posible para un nuevo urbanismo es el de crear las condiciones que faciliten esta meta, adecuando necesidades y recursos.

Calidad de vida y habitabilidad

Para cumplir este objetivo no es imprescindible descartar ninguna necesidad ni renunciar a ningún deseo, sino elegir en cada caso, entre el abanico de posibles *satisfactores*⁵ y combinaciones de ellos, aquellos que mejor se adecuen a todas las dimensiones ecológicas, en la seguridad de que el resultado emergente de ese universo de microdecisiones sabias será sin duda una vida mejor para todas las personas.

⁴ Paul Virilio, *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2011.

⁵ Manfred Max-Neef, Antonio Elizalde y Martín Hopenhayn *Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro*, Cepaur, Fundación Dag Hammarskjöld, Santiago de Chile, 1986. Recurso electrónico disponible en html y pdf: <http://habitat.aq.upm.es/deh/>

El objetivo, naturalmente, no es garantizar la felicidad, que es algo que compete exclusivamente a la subjetividad individual, ni forzar la aparición de la belleza, sino ponerle las cosas más difíciles a la infelicidad y facilitar la emergencia de la belleza como epifenómeno. En eso consiste lo que se denomina bienestar, en el que la planificación espacial juega un papel importante, pero ciertamente no exclusivo ni definitivo.

En efecto, aunque no cabe duda de que en los espacios de la miseria sí quedan garantizadas con mayor seguridad la inhabilitabilidad, la enfermedad y la infelicidad, hay que reiterar una vez más que, incluso en las condiciones más abyectas, quedan resquicios para la dignidad humana, como entre otros, Primo Levi supo testimoniar⁶ y que, al contrario, un espacio bien concebido, diseñado y ejecutado no garantiza *en sí mismo* que las actividades que puedan desarrollarse en su interior vayan a contribuir a disminuir el nivel de infelicidad, ni por supuesto a crear mejores personas ni una mejor sociedad.

De hecho, la ecología del poder ofrece numerosas pruebas que podrían avalar la hipótesis contraria: ha sido en algunas de las ciudades más hermosas y en los palacios más suntuosos, ante los paisajes más sobrecogedores, y acunadas por las músicas más bellas, donde se han concebido y cometido algunas de las mayores atrocidades de la humanidad y muchas veces en nombre de esas mismas ciudades y paisajes o de sus trasposiciones más abstractas. Y, a su vez, el resultado ha sido con frecuencia la destrucción deliberada de lugares y paisajes igualmente bellos.

Por otra parte, la irrupción del industrialismo y del mito ilustrado del progreso, con su promesa incumplida de opulencia generalizada, ha venido a trastocar por completo a lo largo de los dos últimos siglos la dialéctica entre riqueza y miseria, llegando al contrasentido de que las ciudades más opulentas en cuanto a recursos invertidos, a costa de los sustraídos en otras ciudades y regiones del planeta, han acabado convirtiéndose para muchos ciudadanos en el escenario de unas vidas cotidianas que, desde una perspectiva multidimensional solo pueden ser calificadas de *miserables*, por mucho que sea una miseria no comparable a la de la carencia de los recursos básicos.

Y realimentando la espiral de los contrasentidos, esas ciudades globales del Norte detentadoras de recursos, pero generadoras de insatisfacción, se convierten

⁶ Primo Levi, *Si esto es un hombre*, Austral, 2013 [1947].

a su vez en modelos de la opulencia soñada y en objetos de deseo para los territorios esquilados y las megaciudades del Sur en las que se basa su opulencia.

El que una gran parte de esa miseria de la vida cotidiana de la que participan las ciudades de sur y del norte haya sido el resultado directo, en forma de ruido, contaminación, anomia del espacio público o desconexión de la naturaleza, de lo que se han contemplado como *conquistas del progreso*, contribuye a cerrar esta espiral de contrasentidos en forma de círculo vicioso.

Proyectado contra este telón de fondo de inhabilitación y miseria de la vida cotidiana, el reto del hedonismo frugal solo puede traducirse en un objetivo claro como es el de *incrementar las condiciones de habitabilidad y la calidad de vida de todos los habitantes del planeta*, dentro de los límites de actuación que impone la biosfera.

Si bien el concepto de *habitabilidad* admite hasta cierto punto definiciones técnicas e indicadores para su evaluación, lo cierto es que el concepto de *calidad de vida* constituye en el lenguaje habitual un cajón de sastre en el que acaban volcándose, generalmente en términos de incitación al consumo, todo tipo de solicitudes, muchas de ellas deseos inducidos mediáticamente tras revestirlos del manto de la necesidad.

A pesar de su ambigüedad, si se interpreta la «calidad de vida como expresión de la complejidad»,⁷ este término se ofrece como suficientemente útil para englobar un conjunto de objetivos que, aunque muestran amplias áreas de solapamiento, se refieren a dimensiones claramente diferenciadas como son la salud, el confort y el bienestar social. Desde esta perspectiva, los objetivos aparentemente diversos de conseguir ciudades saludables, ciudades habitables y ciudades equitativas deben plantearse como un único objetivo relacionado directamente con la *calidad de la experiencia integral del lugar*.

Equidad, salud y confort, dimensiones básicas de la calidad de vida

La clave desde la óptica de la planificación espacial está en entender que el objetivo a conseguir es el representado por el área de solapamiento de las tres dimen-

⁷ Julio Alguacil, (2000) *Calidad de vida y praxis urbana*, CIS, Madrid, 2000.

siones asociadas a la salud, el confort y el bienestar social con los otros objetivos generales planteados para un nuevo urbanismo, a saber, *la integración de todas las intervenciones en el contexto existente*, no considerado en ningún caso un lienzo en blanco desprovisto de atributos, y el *ahorro y conservación de la energía y los materiales a través de la inserción de todas las intervenciones en los ciclos de la biosfera*.

En efecto, esta formulación es clave desde el momento en que, fuera de esta área de convergencia, es posible identificar múltiples contradicciones y conflictos entre las tres dimensiones, más allá de la dialéctica entre opulencia y miseria que ya hemos abordado.

Conseguir ciudades saludables, habitables y equitativas debe plantearse como un único objetivo relacionado directamente con la calidad de la experiencia integral del lugar

La más palpable de estas contradicciones es la que se plantea entre confort individual y salud colectiva, una contradicción que es fuente habitual de conflictos sociales y urbanos. El hecho de que, como señala Olivier Le Goff,⁸ la idea de *confort* sea también una construcción conceptual relativamente reciente, estrechamente vinculada a la aparición de la burguesía, denota su relación directa con los imaginarios que han acabado cristalizando en la sociedad de consumo.

Sin embargo, entendido como expresión de las condiciones físicas de habitabilidad en el interior de las edificaciones o en los espacios público urbanos, de aspectos tan concretos como el frío o el calor, como el olor, el color o el ruido, puede constituir un concepto de gran utilidad para valorar la calidad de vida desde la perspectiva del espacio entendido como geometría y materia, como indicador de la calidad de la experiencia integral del lugar con el cuerpo y la mente. Y es, naturalmente, una dimensión en la cual la responsabilidad de arquitectos y urbanistas y de todos los agentes de la producción del espacio a todas las escalas ocupa un lugar central e ineludible.

De hecho, esta perspectiva puede ayudar a ligar la idea moderna de confort con el esfuerzo ancestral de la especie humana por hacer menos penosas las tareas

⁸ Olivier Le Goff, *L'invention du confort. Naissance d'une forme sociale*, Presses Universitaires de Lyon, 1994.

de la vida cotidiana a través de lo que Lewis Mumford⁹ denomina «los inventos del confort doméstico neolíticos o calcolíticos»: hogar, alacenas, retrete, bodega, sillas, camas, útiles de cocina, vasijas, mantas, telas, cortinas. En este esfuerzo, naturalmente, el papel de la mujer a lo largo de la historia como inventora y creadora de todo un universo técnico para la relación con el medio ha sido primordial.

El objetivo es, pues, redefinir el confort en términos sociales ligando la idea del derecho al confort con la de habitabilidad y con la constatación de los factores limitantes objetivos ofrecidos por los recursos y el confort de los demás: mi confort debe terminar donde empiece tu disconfort y la única vía es buscar juntos el equilibrio. Esto es especialmente importante en el ámbito de la ciudad densa, donde el concepto de tolerancia en la evaluación de la calidad de vida debe ocupar un lugar importante. Esta idea de confort, sirve para poner de manifiesto las estrechas conexiones con las otras dos dimensiones de la calidad de vida.

Es relevante señalar que la condición de habitabilidad de un espacio interior o exterior en términos de belleza o comodidad suele estar ligada en gran medida a condiciones de salud física y mental. Sin embargo, no se cumple necesariamente esta condición, por ejemplo, en aquellos espacios industrializados donde la utilización de materiales peligrosos puede no traducirse en percepción de incomodidad en su uso cotidiano, lo cual incrementa su peligrosidad. Y ciertamente, la condición inversa no tiene por qué cumplirse: espacios inocuos en términos de riesgos sanitarios inminentes no tienen por qué ser necesariamente confortables, adecuados ni bellos.

Lo cierto es que, en la práctica, la disolución de límites entre miseria y opulencia a la que hemos hecho referencia hace aparecer como académica la distinción entre habitabilidad-confort y salud. En efecto, tal como señala Wilkinson,¹⁰ son muchas las variables que intervienen en la salud urbana. El título de su obra *Las desigualdades perjudican* constituye en sí mismo la mejor formulación del estrecho vínculo existente entre la dimensión de la salud y la que engloba el bienestar social.

Sin embargo, en términos teóricos, podría afirmarse tal vez que los indicadores que suelen usarse para medir el bienestar social, relacionados con el paro, la edu-

⁹ Lewis Mumford, *Técnica y evolución humana. El mito de la máquina I*, Pepitas de Calabaza, Madrid, 2010 [1967].

¹⁰ Richard Wilkinson, *Las desigualdades perjudican. Jerarquías, salud y evolución humana*, Darwinismo Hoy, Crítica (Grijalbo Mondadori), 2003.

cación o la sanidad, no tendrían por qué tener necesariamente una traducción espacial directa: hipotéticamente, se podría concebir una ciudad bella, habitable y saludable, pero donde una gran parte de cuya población sufriera de unas condiciones socioeconómicas intolerables. Por absurda que pueda parecer esta hipótesis, es la que ha operado y sigue operando implícitamente tras una gran mayoría de las estrategias de planificación urbana que, partiendo de una concepción técnico-

Cualquiera que sea el sentido de la exclusión, el resultado final de la ciudad injusta es la segmentación del espacio urbano

formalista del urbanismo, se han aplicado desatendiendo deliberadamente las condiciones sociales. Lo que podríamos denominar *redentorismo arquitectónico*, especialmente promulgado por el Movimiento Moderno, ha contribuido en gran medida a alimentar esta desatención, escudándose en los poderes curativos intrínsecos de la «buena arquitectura».

Hay que tener siempre presente que, como señala Alain de Botton, «la más noble arquitectura en ocasiones puede hacer menos por nosotros que una siesta o una aspirina [...]».¹¹

El fracaso irremediable de las estrategias de planificación basadas en la desconexión entre espacio y sociedad han conducido a su vez a estrategias de represión y exclusión basadas en la idea de seguridad: la única forma de mantener el espacio incólume en sus condiciones prístinas de belleza y habitabilidad es impidiendo su uso por la población excluida, que se ve relegada por la fuerza a los guetos y reservas *ad hoc*.

En los casos en que, por el contrario, se acepta como inevitable que las condiciones sociales de segregación tengan una inmediata traducción en términos de paulatina degradación espacial, la estrategia inversa de abandono de la ciudad y de autoexclusión se convierte en la solución adoptada por las élites, que se autorrecluyen en sus guetos y reservas de opulencia, en comunidades cerradas convertidas en fortalezas, dejando abandonada la ciudad a su suerte.

Cualquiera que sea el sentido de la exclusión, el resultado final de la ciudad injusta es la segmentación del espacio urbano, que, una vez disueltos sus valores intrínsecos como crisol de convivencia y mestizaje, pasa a convertirse en el escenario abierto del conflicto.

¹¹ Alain De Botton, *The architecture of happiness*, Penguin Books, Londres, 2006.

Entendida como oportunidad, la estrecha relación que aquí estamos abordando entre la salud, el confort y el bienestar social, unida a la concepción de la ciudad como un palimpsesto complejo y heterogéneo en que estas tres dimensiones se distribuyen formando las más diversas combinaciones y gradientes, sugiere que las estrategias de actuación pueden ser tan diversas como las posibles escalas y sinergias entre ellas.

Desde cualquier de las tres, en suma, se pueden poner en práctica iniciativas fructíferas, siempre que no se desatiendan las otras dos dimensiones y siempre que se opere con coherencia dentro del marco que establecen los otros objetivos que cabe establecer para un nuevo urbanismo: no cabe, en suma, una estrategia para la calidad de vida que no aproveche al máximo las oportunidades de los recursos existentes; que, para mantenerse en el tiempo, no se integre dentro de los ciclos metabólicos de la biosfera y que no sea el resultado de un proceso de deliberación y acción colectiva que sepa integrar los elementos de subjetividad asociados a la propia idea de calidad de vida y a la experiencia de la felicidad.

Estas estrategias de cara a alcanzar los objetivos para un nuevo urbanismo requieren el desarrollo y la puesta en práctica de herramientas específicas que completen el abanico de las que ya forman parte de la disciplina urbanística, incidiendo en aquellos ámbitos que han sido lamentablemente descuidados por el urbanismo convencional. Y en ese sentido, estas nuevas herramientas deben construirse desde la perspectiva de un *enfoque holístico, multidimensional y multiescalar*; articulándose en torno a la *participación ciudadana* y la *democracia deliberativa* a lo largo de todas las fases de las intervenciones urbanísticas y en el propio proceso de gestión de lo urbano; y retroalimentándose de forma continua a través de *mecanismos colectivos de evaluación* que permitan un aprendizaje continuo de los errores y los aciertos.

Más allá de los ecobarrios: el reto del territorio global

Esta perspectiva basada en la consideración de un abanico de indicadores multidimensionales de calidad de lo urbano y en la búsqueda de modelos para garantizarlos se ha mantenido prácticamente en todos los actuales debates en torno a la ciudad ecológica.

En efecto, sea cual sea el adjetivo con el que se la denomina –ciudad verde, ecológica, saludable, habitable, resiliente, inteligente, ecociudad, *smart city*, *wise city*–

Un nuevo urbanismo precisa de un enfoque holístico, multidimensional y multiescalar, articulándose en torno a la participación ciudadana y la democracia deliberativa

la imagen que se ha ido construyendo paulatinamente a lo largo de las tres últimas décadas presenta básicamente los mismos rasgos en sus diferentes formulaciones: una ciudad vital, diversa, compleja, dinámica, compacta, versátil, sana, integrada en su contexto local y global, respetuosa con su entorno existente físico y cultural, con

una fuerte identidad abierta a la evolución, que cierra los ciclos de energía y materia, que utiliza los recursos de forma eficiente y gestionada democráticamente por sus habitantes.¹²

El debate aparece a la hora de articular las medidas para alcanzar esos objetivos y es dentro de ese debate instrumental donde aparecen las divergencias y las fisuras, que no son meramente técnicas, sino que responden a divergencias ideológicas y políticas. Pero antes de profundizar en estas divergencias es preciso centrar la atención en la escala urbana intermedia, pues es precisamente en esta escala, ejemplificada en el concepto de *ecobarrio*, donde se produce la mayor *ilusión de acuerdo* con respecto a cuál debe ser el resultado.

Puede decirse que la propia consistencia del concepto de *ecobarrio* puede contribuir a dificultar los necesarios saltos de escala hasta llegar al territorio, sobre todo en lo que se refiere a la búsqueda de soluciones diferenciadas para cada una de las escalas. Dos son los principales problemas que plantea la aplicación indiscriminada del concepto de *ecobarrio* o *ecociudad* como la panacea universal para la crisis urbana:

– Por una parte, existe la tendencia a identificar barrio con ciudad, y *ecobarrio* con *ecociudad*, de donde se derivaría la idea de que solo las pequeñas ciudades, cuyas dimensiones fueran equivalentes en términos cualitativos a los de un barrio o a la yuxtaposición de un pequeño número de barrios, tendrían la posibilidad de funcionar en equilibrio ecológico con el territorio.

¹² Philine Gaffron, Gé Huismans y Franz Skala (Coords.), Carlos Verdaguer e Isabel Velázquez (Coords. de la versión española) (2008) *Proyecto ECOCITY. Manual para el diseño de ecociudades en Europa. Libro I: La ecociudad: un lugar mejor para vivir Libro II: La ecociudad: cómo hacerla realidad*, Gea 21, SEPES, Bakeaz, 2008, disponible en: <http://www.gea21.com/proyectos/ecocity>.

– Por otra parte, la idea encapsulada de ecobarrio como ecociudad contribuye a alimentar el urbanismo de modelo cerrado, es decir, el ideal del bello artefacto urbano diseñado hasta el mínimo detalle como unidad *ex novo* autosuficiente cuya implantación en el territorio virgen quedaría justificada automáticamente por su carácter “ecológico”.

Tanto en un caso como en otro se elude el problema de qué hacer con la realidad urbana, es decir, con las grandes conurbaciones y con el tejido urbano realmente existente, formado por un *continuum* aparentemente caótico de implantaciones heterogéneas, en el que las enormes metrópolis que dominan la lógica urbana del planeta conviven con realidades urbanas de todos los tamaños, dimensiones y configuraciones, cuyos contornos difusos se funden con el resto de realidades territoriales para dar lugar a tejidos híbridos periurbanos, rururbanos o perirrurales.

En suma, la idea consoladora, y que suscita una gran ilusión de acuerdo, del ecobarrio como realidad autosuficiente o de la ciudad pequeña como fundamento de la ecociudad, si no se contextualiza como parte de ese innominado e innombrable tejido continuo, corre el riesgo de dejar sin respuesta la más grave problemática a la escala planetaria, la planteada por lo que Thomas Sieverts denomina la *entreciudad* (*zwischenstadt*) o la *ciudad entre ciudades*.¹³

La regeneración de lo existente como marco para la transición

El que la idea de ecobarrio no sea suficiente en sí misma como alternativa global a la crisis urbana no quiere decir que no constituya un logro como propuesta para la intervención en el núcleo de las ciudades existentes o como guía de actuación privilegiada en el caso de las ciudades pequeñas y medias consolidadas.

Es especialmente adecuada también para abordar desde la perspectiva ecológica el urbanismo de extensión o desarrollo, pero su aplicación requiere mucha claridad y rigor, ya que todo crecimiento urbano implica *per se* una ocupación de suelo virgen y una creación de tejido que, en sentido estricto, puede considerarse antiecológica, sobre todo si existe alguna otra forma de resolver las necesidades residenciales, o de otro uso, identificadas.

¹³ Thomas Sieverts, *Zwischenstadt (Bauwelt Fundamente)*, Birkhäuser, Stadtplanung, 1998; Thomas Sieverts, *Cities without Cities. An interpretation of the Zwischenstadt*, Spon Press, Taylor & Francis Group, Londres, Nueva York, 2003.

En resumen, si bien la idea de ecobarrio constituye en sí misma una gran aportación a la caja de herramientas del urbanismo, es imprescindible definirla muy bien conceptualmente para acotar al máximo su área óptima de operatividad. Para ello, es la idea de regeneración urbana la que aporta la clave.

En efecto, adoptando esta perspectiva, podemos reformular el objetivo de *crear ecobarrios* haciéndolo coincidir con la meta ineludible de regenerar el tejido urbano existente. La tarea principal a la escala intermedia para la transición ecológica no sería, pues, la de crear pequeños artefactos a modo de proyectos ecourbanos ejemplares, perlas aisladas sobre un telón de fondo desatendido, desangelado y mal entendido; tampoco sería la de poner en marcha una estrategia de *ecorrenewación urbana* de nuevo cuño, consistente en sustituir sistemáticamente el tejido existente por nuevos ecobarrios ajustados a ese modelo ejemplar.

Consistiría, al contrario, en trabajar minuciosamente sobre la estructura existente de barrios que caracteriza a todas las ciudades del planeta, una estructura heterogénea, desigual y segmentada, atendiendo a las peculiaridades, oportunidades y problemáticas específicas de cada uno de ellos para regenerar dicha estructura en su conjunto.

Esta tarea de preservación de la estructura existente puede cubrir un amplio espectro de estrategias, como la no-actuación o la actuación mínima a escala de microubanismo. Pero un criterio imprescindible, en cualquier caso, es la ralentización generalizada de los procesos de transformación urbana para garantizar una adecuación entre las necesidades identificadas y su traducción espacial, así como para preservar su identidad y para facilitar la asunción por parte del cuerpo social de las nuevas realidades urbanas emergentes, una asunción que solo se producirá si los cambios llevados a cabo se han traducido claramente en un incremento general de la calidad de vida.

Carlos Verdaguer Viana-Cárdenas es doctor arquitecto urbanista.

